

RUMORES DE REVOLUCIÓN

Mónica Rivera Tarjuelo

Hacía ya tiempo que venía notando que las cosas habían cambiado, desde hace años nada parecía lo mismo, a la vez que me iba haciendo más mayor notaba que algo iba mal, la actitud de mi padre se había vuelto más distante aún, si cabía. Sabía que tenía mucha responsabilidad y que había problemas por las llamadas conversaciones de “hombres”, como las había bautizado mi padre, al que, cada vez que le preguntaba, me mandaba a jugar con mis muñecas o con mis hermanas. Los cuchicheos de los sirvientes sobre una revolución me daban que pensar, apenas recordaba al ataque al palacio, ya que era muy pequeña. Solo recuerdo que un día tuve que recoger todas mis cosas y nos vinimos aquí con la mitad del servicio y una menguada guardia. Un día, mientras la institutriz nos daba la lección de francés, me atreví a preguntarle sobre la revolución. En ese momento, su gesto se volvió oscuro y me preguntó qué sabía yo de la revolución. Dudé un momento antes de contestar, y al final me decidí:

- Solo rumores.

La institutriz zanjó así el tema, diciendo que eran solo eso, rumores y habladurías, aunque yo, en realidad, sabía que algo más profundo se escondía tras esos rumores. Prosiguió con la clase, pero a partir de entonces no paró de mover la pierna como si estuviese deseando acabar la lección y abandonar la sala. Mis hermanas, sin embargo, parecían ajenas a todo. Yo seguí dándole vueltas a este tema en mi cabeza, tratando de juntar las piezas del puzzle que se presentaban ante mí. Entonces decidí que solo podía acudir a una persona que podía saber algo y estar dispuesto a contármelo: Alexis. Mi hermano y yo siempre habíamos tenido buena relación, con él

podía hablar de cosas con las que con mis hermanas ni me lo planteaba. Seguro que padre le habría contado algo de la revolución.

Me dirigí a los aposentos de mi hermano, llamé a la puerta y, al momento, oí su voz indicándome que pasara. Entré y le encontré en su escritorio, leyendo un gran libro con tapas de cuero.

- ¿Qué lees? –pregunté.

- Un libro que Rasputín me dio.

Para mi hermano, el asesinato repentino de Rasputín fue una gran pérdida. Para él era mucho más que su médico, era su amigo y, en cierta medida, el padre que siempre quiso tener. Me quedé pensativa. Alexis interrumpió mis pensamientos preguntando que deseaba de él y yo, dubitativa, auné el valor que tenía y le dije:

- Alexis... ¿Sabes algo de la revolución?

Alexis clavó su mirada en mí y, muy serio, me pregunto lo mismo que mi institutriz. Yo le conteste que no mucho, pero le conté la reacción de la institutriz y que sabía que había algo más, y que solo podía recurrir a él. Alexis permaneció pensando qué decir unos momentos, entonces comenzó a hablar, haciéndome prometer que no le contaría esto a nadie, yo acepté y escuché lo que me contó atentamente.

- Hace unos meses, tras el asesinato de Rasputín, padre hablo conmigo, me contó que había sabido por los pocos aliados que le quedaban en la capital que el asesinato de Rasputín no había sido algo repentino, sino que venía de lejos, planeado por los revolucionarios. También me contó que no había sido casualidad que hubiéramos tenido que abandonar el palacio y tener que venir a este escondite en medio del bosque. Nuestra vida, Ana, incluso la de los sirvientes, está en peligro desde hace tiempo. La gente se alza en las calles, nos

quieren muertos, desde que surgió ese tal Lenin solo se ha ido acercando nuestra decadencia, y la guerra solo hizo que las cosas empeorasen. Nuestro ejército cada día es más pequeño y el suyo cada vez más grande. Ana, no quiero asustarte, pero tarde o temprano van a venir a por nosotros.

La revelación que acababa de recibir por parte de mi hermano pequeño me dejó atónita, sabía que algo pasaba, pero no lo creía tan grave.

- Pero Alexis, si es como dices, madre y las demás deberían estar al corriente...

Alexis me corto en medio de la frase.

- Eso es lo que menos nos hace falta ahora, Ana. ¿Crees que un pánico general mejoraría la situación? Eso es lo que padre trata de evitar ahora mismo. Llegado el momento se lo contara.

Decidí levantarme para irme. Antes de salir por la puerta, Alexis me retuvo:

- Ana, recuerda tu promesa.

Yo asentí y me dirigí a mis aposentos. Necesitaba aclarar mis ideas más que nunca, hasta hacia cinco minutos no era consciente de que mi vida llevaba unos meses puesta en la cuerda floja y de que el fino hilo que separaba la vida y la muerte se limitaba a los soldados apostados a las puertas de aquel escondite y de que este no fuese encontrado. ¿Cómo había podido estar tan ciega? Ahora lo veía todo mucho más claro: el comportamiento de mi padre, los cuchicheos de los sirvientes, la repentina muerte de Rasputín...

Me recosté en la cama, sola, con todos esos pensamientos rondando por mi cabeza. Al final me quedé dormida de puro agotamiento. De madrugada sentí que alguien me sacudía. Era Alexis, se limitó a decirme que nuestras peores sospechas se habían confirmado, que hacía una hora se había dado la alarma y que los revolucionarios iban ganado posiciones hacia aquí mientras hablábamos. Todo parecía una broma macabra del destino, como si nuestra conversación de aquella tarde hubiera abierto la caja de Pandora. Salí al pasillo, acompañada de Alexis. Allí encontramos a nuestra hermana mayor, Olga,

- Padre quiere que vayáis todos al salón -se limitó a decir.

Alexis y yo nos dirigimos hasta allí. Cuando llegamos todos estaban allí menos Olga, que llegó unos momentos después. Observé a mi padre en sus ojos, podía leer puro miedo, parecía que estaba a punto de empezar a temblar y no solo de frío. Entonces comenzó a relatar una versión resumida de lo que Alexis me había contado la tarde anterior. Mi madre no se inmutó, como si lo hubiera sabido desde el principio. Las reacciones de mis hermanas fueron muy variadas, desde llantos a una gran perplejidad que se limitaba a no querer aceptar la situación. Mi padre también anunció que, en pocas horas, el palacio sería tomado por los rebeldes y que, por ahora, solo podíamos encomendarnos a Dios.

Las horas pasaron lentas y en un ambiente de silencio e impotencia. Cuando los rebeldes tomaron el control sería mediodía, era un día lluvioso. Nos sacaron a la calle y nos encerraron en un sótano diáfano con dos doncellas, el mayordomo y el cocinero, que aún se mantenían leales a mi padre, acto digno de admiración debido a que en estos momentos eso no les llevaría a un destino muy agradable. Mi madre, que nunca había sido una mujer muy cariñosa, nos abrazó uno por uno a todos sus hijos y, finalmente, a mi padre. Eso solo me daba a entender una cosa: esto era un adiós, no íbamos a sobrevivir como Alexis predijo. Las horas pasaban entre la oscuridad y las

historias que contaba mi padre sobre la gloria de nuestra dinastía, y que debíamos afrontar la muerte con el honor de los Romanov. Parecía que trataba de convencerse a sí mismo y, en el fondo, todos estábamos tan asustados como él. Lo que pareció una eternidad más tarde nos arrojaron, unos pedazos de pan duro y nos dieron algo de agua, parecía que viviríamos un poco más. No sabíamos si era de día o de noche pero eso no importa demasiado cuando estas a punto de morir.

Un golpe seco nos sacó del sopor en el que parecíamos estar. Nos sacaron a rastras a todos, primero a los sirvientes, luego a mí y a mis hermanas y, por último a mis padres y a Alexis. Nos arrastraron hacia un viejo muro que antes pertenecía a la fachada de la entrada, ahora medio derruido. Nos pusieron en fila y supe lo que nos iban a hacer: nos iban a fusilar. Cuando el soldado se puso enfrente de mí pude ver, en la escasa luz del amanecer, el odio en sus ojos, este levanto su arma contra mí y, a la señal, disparó. Todo pasó muy rápido, sentí un dolor en el abdomen, donde la bala me había atravesado, algo ardiente que había entrado en mi cuerpo, perdí el control sobre mis piernas y caí al suelo, derribada por aquel dolor que se extendía por todo el cuerpo. Traté de permanecer quieta y no hacer ruido, fingir que había muerto, aunque no sabía si aguantaría mucho hasta que eso pasase. Tras el disparo, casi lo deseaba. Oía las voces de los soldados alrededor, pero no veía a ninguno desde mi posición. Me desmayé.

Lo siguiente que recuerdo fue despertar en una camioneta, entre los cadáveres de todos lo que había querido alguna vez. No pude evitar las lagrimas, solo deseaba que aquello acabase de una vez. Cuando el vehículo se detuvo, me seguí haciendo la muerta. Vi a un joven soldado cargando con el cadáver de mi hermana Olga y arrojándolo en un agujero. En ese momento me arrojé desde la camioneta al suelo y con las pocas fuerzas que me quedaban traté de llegar a unos arbustos cercanos. No podía caminar, por lo que opté por tratar de arrastrarme hasta allí, pero, antes de poder tener una buena

cobertura, el joven soldado se dio cuenta de que faltaba un cadáver. El suelo revelaba un rastro de sangre hasta mi posición, él lo siguió y me encontró. Nos quedamos mirándonos a los ojos durante lo que pareció una eternidad. Él parecía indeciso mientras me apuntaba con su arma. Yo ya me resignaba a aceptar mi muerte. En ese momento puso el dedo en el gatillo y, de la forma más inesperada, se metió su arma en la boca y disparó, parecía que aquello había sido demasiado para él. Yo cada vez tenía más frío y me sentía con menos fuerzas para seguir. Me adentré en el bosque, tratando de alejarme del rastro de mi huida. Me llevé su arma conmigo, aunque no sabía muy bien cómo usarla, la extenuación pudo conmigo.

De los hechos que ocurrieron después solo recuerdo retazos, vienen a mí imágenes sueltas, en fragmentos. Unos campesinos me encontraron en el bosque y me llevaron a su casa. Ellos no hicieron preguntas sobre mis heridas o quién era. Yo tampoco tenía intención de responder, solo quería olvidar quien había sido, toda aquella atrocidad que me costaba comprender. Parecía como si se me hubiese concedido otra oportunidad tras el horror que había vivido, pero yo no estaba segura de quererla.